

COLLEEN HOOVER

VOLVER A EMPEZAR

Traducción de Lara Agnelli

 Planeta

Atlas

Alguien ha escrito «Ton Tol Culo» con espray rojo en la puerta trasera del Bib's, y las palabras mal escritas me recuerdan a mi madre.

Ella siempre lo pronunciaba así, haciendo una breve pausa entre sílabas, como si fueran tres palabras. Yo tenía que aguantarme la risa cada vez que lo oía, aunque no es fácil encontrarle la gracia a la situación cuando eres un niño y el insulto va dirigido a ti.

—Ton tol culo —murmura Darin—. Tiene que ser un crío. Un adulto no lo escribiría así.

—No creas; de todo hay —replico tocando la pintura para comprobar si aún está húmeda. No lo está. Quiquiera que lo haya escrito tuvo que hacerlo anoche, después de que cerráramos.

—¿Crees que lo han escrito así a propósito? —me pregunta—. ¿Crees que están sugiriendo que eres un tonto integral, como un culo entero?

—¿Por qué das por hecho que el insulto va por mí? Podría ir dirigido a Brad o a ti.

—Es tu restaurante. —Darin se quita la chaqueta y la usa para aflojar un trozo de cristal roto de la ventana—. Tal vez sea un empleado descontento.

—¿Tengo empleados descontentos?

No puedo imaginarme a ninguna de las personas que tengo en plantilla haciendo algo así. La última empleada que se marchó lo hizo por voluntad propia, hace seis meses, tras graduarse en la universidad.

—¿Cómo se llamaba aquel tipo que contrataste para que fregara los platos antes de que llegara Brad? El que tenía nombre de mineral o algo así, un nombre rarísimo.

—Cuarzo —respondo—, pero era un apodo.

Hace tanto que no pienso en ese tipo que me cuesta imaginarme que me guarde rencor después de todo este tiempo. Lo despedí al poco de abrir el restaurante porque descubrí que solo fregaba los platos si veía restos de comida en ellos. Y hacía lo mismo con los vasos o los cubiertos; cualquier objeto que regresara a la cocina después de haber estado en una mesa y que le pareciera que ya estaba lo bastante limpio, lo dejaba directamente en el escurrer platos.

Si no lo hubiera despedido, antes o después el departamento de sanidad nos habría cerrado el local.

—Deberías llamar a la policía —me aconseja Darin—. Tendremos que denunciar para que lo cubra el seguro.

Antes de poder decir nada, Brad aparece en la puerta machacando los cristales rotos del suelo al pisarlos. Antes ha entrado a echar un vistazo para comprobar si habían robado algo en el restaurante.

Rascándose la barba de pocos días, anuncia:

—Se han llevado los picatostes.

Se hace un silencio incrédulo.

—¿Has dicho los picatostes? —pregunta Darin.

—Sí. Se han llevado todos los picatostes que preparamos anoche, pero aparentemente no han tocado nada más.

Eso no era lo que esperaba oír, en absoluto. Si alguien fuerza la puerta o la ventana de un restaurante y no se lleva ningún objeto de valor, es muy probable que lo haya hecho porque tenía hambre, y sé de primera mano lo desesperado que tienes que estar para hacer eso.

—No voy a denunciarlo.

Darin se vuelve hacia mí.

—¿Por qué no?

—Porque podrían detener a quien lo hizo.

—De eso se trata.

Saco una caja vacía del contenedor y me pongo a recoger trozos de cristal.

—Una vezforcé la ventana de un restaurante y robé un sándwich de pavo.

Brad y Darin me miran fijamente.

—¿Estabas borracho? —me pregunta Darin.

—No, estaba famélico. No quiero que arresten a nadie por robar picatostes.

—Vale, pero tal vez la comida solo sea el principio. ¿Y si vuelven otro día y roban los electrodomésticos? —insiste Darin—. ¿Aún está estropeada la cámara de seguridad?

Lleva meses obcecado en que la haga arreglar.

—He estado liado.

Darin me quita la caja de la mano y se pone a recoger los cristales que quedan.

—Deberías ocuparte de eso ahora mismo, antes de que

vuelvan. Demonios, ¿y si entran en el Corrigan's esta noche al ver que en el Bib's se lo has puesto tan fácil?

—La seguridad del Corrigan's funciona perfectamente. Y dudo mucho que quien haya sido entre esta noche en mi nuevo restaurante. Ha entrado aquí porque lo tenía a mano; no ha sido un robo premeditado.

—Eso es lo que tú quieres creer —replica Darin.

Abro la boca para opinar, pero me interrumpe la entrada de un mensaje de texto. Creo que nunca antes he consultado el teléfono tan deprisa. Cuando compruebo que el mensaje no es de Lily, me desanimo un poco.

Me la he encontrado esta mañana mientras hacía unos recados. Era la primera vez que nos veíamos en un año y medio, pero ella llegaba tarde a trabajar y yo acababa de recibir un mensaje de Darin que me avisaba de que nos habían entrado en el restaurante. Me ha prometido que me escribiría desde el trabajo, pero ha sido una despedida un poco incómoda.

Ha pasado ya una hora y media y no se ha puesto en contacto. Ya sé que no es mucho, pero no puedo librarme de este incordio en el pecho que trata de convencerme de que ella ya se ha arrepentido de todo lo que hemos hablado en la acera durante los cinco minutos de conversación.

Yo no me arrepiento en absoluto de lo que le he dicho. Tal vez me he dejado llevar por la emoción del momento, pero no he dicho nada que no sintiera de verdad. Al fin y al cabo, acababa de descubrir que ya no está casada y se la veía muy feliz.

Estoy listo para esto. Más que listo.

Busco su contacto en el móvil. Durante este último año

y medio he querido escribirle un montón de veces, pero la última vez que hablamos dejé la pelota en su tejado. Ella estaba pasando por una situación difícil y no quería complicarle la vida todavía más.

Pero ahora vuelve a estar soltera y me ha parecido que estaba lista para darle una oportunidad a lo nuestro. Sin embargo, ha tenido una hora y media para pensar en lo que hemos estado hablando, tiempo suficiente para arrepentirse. Cada minuto que pase sin recibir un mensaje suyo se me va a hacer eterno.

Todavía la tengo guardada como Lily Kincaid en la agenda del móvil, así que corrijo la información de contacto y le cambio el apellido al de soltera, Bloom.

Noto que Darin cotillea por encima de mi hombro.

—¿Es nuestra Lily?

Brad se muestra inmediatamente interesado.

—¿Le está escribiendo a Lily?

—¿Nuestra Lily? —repito confuso—. Solo la visteis una vez.

—¿Sigue casada? —pregunta Darin. Cuando niego con la cabeza añade—: Bien hecho. Estaba embarazada, ¿verdad? ¿Qué tuvo al final? ¿Fue niño o niña?

No quiero hablar de Lily con ellos porque, de momento, no hay nada de que hablar y no quiero que piensen que hay más de lo que hay.

—Una niña, y esta es la última pregunta que voy a responder. —Me vuelvo hacia Brad—. ¿Va a venir Theo hoy?

—Es jueves. Sí, vendrá.

Entro en el restaurante. Si hablo de Lily con alguien, será con Theo.

Lily

Todavía me tiemblan las manos, aunque ya hace casi dos horas que me he encontrado a Atlas. No sé si tiemblo porque estoy atacada de los nervios o porque aún no he podido comer nada. Ha habido tanto trabajo que no he tenido ni cinco segundos para pensar en lo que ha pasado, y mucho menos para tomarme el desayuno que me he traído de casa.

«¿Ha ocurrido de verdad? ¿En serio? Le he hecho unas preguntas tan incómodas que no voy a ser capaz de mirarlo a la cara hasta el año que viene.»

Sin embargo, Atlas no parecía incómodo. Parecía muy feliz de verme y, cuando me ha abrazado, he sentido como si una parte de mí que estaba aletargada volviera a la vida.

Pero este es el primer momento libre que he tenido en toda la mañana y lo primero que he hecho ha sido ir al lavabo. Al mirarme en el espejo, me entran ganas de llorar. Voy hecha un desastre. Tengo algunas manchas de puré de zanahoria en la camisa y la laca de uñas lleva descascarillada, qué sé yo, desde enero por lo menos.

Ya sé que Atlas no es de los que buscan la perfección. Es

que me había imaginado mil veces que me lo encontraba por la calle, pero en ninguna de esas fantasías iba como una loca porque la mañana se había descontrolado, media hora después de haber sido la víctima de una niña de once meses armada con un arsenal de papilla.

Él estaba tan guapo. Olía tan bien.

«Y yo probablemente olía a leche agria.»

Sigo tan alterada por lo que nuestro encuentro fortuito puede suponer en mi vida que he tardado el doble de lo normal en organizar los pedidos para que se los llevara el repartidor. Y ni siquiera he mirado la web para ver si hay pedidos nuevos. Me echo un último vistazo en el espejo, pero sigo viendo lo mismo: una madre soltera exhausta que trabaja demasiado.

Salgo del baño y me acerco al mostrador. Cojo un pedido de la bandeja de la impresora y me pongo a preparar la tarjeta. Mi mente agradece la distracción más que nunca, por lo que me alegro de que haya mucho trabajo.

El pedido es de un ramo de rosas para alguien llamado Greta de parte de alguien llamado Jonathan. En el mensaje pone: «Siento lo de anoche. ¿Me perdonas?».

Suelto un gruñido. Los ramos de disculpa son los que menos me gusta preparar. No puedo evitar obsesionarme con la causa por la que piden disculpas. ¿Se olvidaría de una cita? ¿Llegaría tarde a casa? ¿Se pelearían?

«¿La golpearía?»

A veces me siento tentada de anotar el número del refugio para víctimas de violencia doméstica en las tarjetas, pero me recuerdo que no todas las disculpas van ligadas a cosas tan terribles como las que precedían a las disculpas

que me pedían a mí. Tal vez Jonathan sea solo un amigo de Greta que está tratando de animarla. Tal vez sea su marido, le gastó una broma y se le fue de las manos.

Sea cual sea la causa que hay detrás de las flores, espero que sea algo bueno. Meto la tarjeta en el sobrecito y lo sujeto al ramo de rosas. Lo dejo en el estante de los pedidos preparados; estoy a punto de pasar al siguiente cuando me entra un mensaje.

Me lanzo hacia el móvil como si el mensaje fuera a autodestruirse y solo tuviera tres segundos para leerlo, pero, al ver de qué se trata, me encojo. No es un mensaje de Atlas, sino de Ryle.

¿Puede comer patatas fritas?

Respondo a toda velocidad:

Solo de las blanditas.

Suelto el móvil con rabia sobre el mostrador. No me gusta que Emerson coma patatas fritas demasiado a menudo, pero solo pasa con Ryle uno o dos días a la semana, así que trato de asegurarme de que toma alimentos más nutritivos cuando está conmigo.

Ha sido agradable no pensar en Ryle durante un rato, pero su mensaje me ha recordado que existe. Y mientras él exista, temo que no pueda existir nada entre Atlas y yo, ni siquiera una amistad. Porque ¿cómo se tomaría Ryle que yo empezara a salir con Atlas? ¿Cómo se comportaría si coincidieran en algún momento?

Tal vez estoy adelantando acontecimientos.

Me quedo mirando el teléfono preguntándome qué debería decirle a Atlas. Le comenté que le escribiría al llegar a la tienda, pero tenía clientes esperando en la puerta. Y el mensaje de Ryle me ha recordado su existencia y ahora no sé si ponerme en contacto con Atlas o no.

La puerta principal se abre y Lucy hace su aparición. Va impecable, como siempre, aunque la conozco y sé que está de mal humor.

—Buenos días, Lucy.

Ella se retira el pelo de la cara y deja el bolso sobre el mostrador mientras suelta un suspiro.

—¿Lo son?

Lucy es una persona sociable, pero no de buena mañana. Por eso Serena y yo solemos atender al público al menos hasta las once mientras Lucy se encarga de preparar los pedidos en la trastienda. Es mucho más amable con los clientes cuando se ha tomado una taza de café. O cinco.

—Me acabo de enterar de que las tarjetas para las mesas no han llegado porque ya no fabrican ese modelo y ahora es demasiado tarde para encargar otras. Falta menos de un mes para la boda.

Han fallado tantas cosas que estoy a punto de aconsejarle que no se case, pero no soy supersticiosa. Espero que ella tampoco lo sea.

—Las tarjetas artesanas están de moda —le sugiero.

Lucy alza la vista al cielo exasperada.

—Odio la artesanía —refunfuña—. Y es que ya no me apetece casarme. Tengo la sensación de que llevamos más tiempo planeando la boda que saliendo. —No le falta ra-

zón—. Tal vez podríamos cancelar la boda y escaparnos a Las Vegas. Vosotros lo hicisteis así, ¿no? ¿Te arrepientes?

No sé por dónde empezar a responder el interrogatorio.

—¿Cómo puedes odiar la artesanía trabajando en una floristería? Y estoy divorciada. Claro que me arrepiento de haberme escapado a Las Vegas para casarme. —Le doy un pequeño montón de pedidos que todavía no he podido preparar—. Aunque admito que fue divertido.

Lucy se dirige a la trastienda a preparar el resto de los pedidos, lo que me deja libre para volver a pensar en Atlas. Y en Ryle. Y el Armagedón, que es lo que me viene a la cabeza cuando pienso en los dos al mismo tiempo.

No tengo ni idea de cómo podría funcionar algo así. Cuando Atlas y yo nos hemos encontrado en la calle, ha sido como si el resto del mundo desapareciera, incluido Ryle. Pero ahora se ha vuelto a colar en mis pensamientos. No como antes, cuando solía pasarme los días pensando en él, sino más bien como si fuera un obstáculo en mi camino. Mi vida amorosa ha transcurrido sin complicaciones durante el último año y medio, como una carretera sin curvas ni baches —básicamente porque no existía—, pero ahora tengo la impresión de que me espera un terreno pedregoso, lleno de obstáculos y precipicios.

¿Merece la pena? Atlas la merece, de eso no tengo dudas.

Pero ¿y nosotros? ¿Dejar que lo que tenemos crezca y se convierta en una relación compensará el estrés que causaría en otras áreas de mi vida?

Hacía tiempo que no me sentía así, rota por las dudas. Parte de mí quiere llamar a Allysa y contarle que he visto a Atlas, pero no puedo. Ella sabe que Ryle todavía siente

algo por mí. Y sabe cómo se sentiría si Atlas formara parte de mi vida de manera permanente.

Tampoco puedo hablarlo con mi madre, porque es mi madre. Y aunque últimamente estamos más unidas que nunca, sigo sin sentirme cómoda hablando con ella de mi vida amorosa.

Solo me queda una persona con la que podría hablar sobre Atlas sin sentirme incómoda.

—¿Lucy? —Cuando sale de la trastienda, tirando de un auricular que lleva en la oreja, le pregunto—: ¿Puedes cubrirme un rato? Tengo que hacer un recado. Volveré en una hora.

Se sitúa tras el mostrador mientras cojo mi bolso. No suelo disponer de mucho tiempo para mí sola desde que nació Emerson, por eso de vez en cuando me escapo de la tienda, porque sé que hay alguien que me cubre las espaldas.

A veces me gusta sentarme a solas con mis pensamientos, pero no puedo hacerlo si estoy con la niña, pues, incluso cuando duerme, sigo en modo «madre». Y con el flujo constante de clientes en el trabajo, las cosas no son mucho más fáciles en la tienda. Es prácticamente imposible disfrutar de un rato tranquilo, sin interrupciones.

He descubierto que, a veces, lo único que necesito para deshacer los nudos que se me forman en el cerebro es dar un paseo a solas en coche, escuchando música, y un trozo de tarta del Cheesecake Factory.

Aparco en una plaza con buenas vistas sobre el puerto de Boston, echo el asiento hacia atrás y cojo el cuaderno y el bolígrafo que he traído conmigo. No sé si esto me ayu-

dará tanto como la tarta, pero necesito liberar mis pensamientos, y este sistema me ha ayudado mucho en el pasado siempre que he necesitado poner las cosas en su sitio. Aunque esta vez solo espero que las cosas no acaben de romperse del todo.

Querida Ellen:

¿A que no sabes quién ha vuelto?

Yo.

Y Atlas.

Los dos.

Me he cruzado con él esta mañana, mientras iba a buscar a Ryle para dejarle a Emmy. Me ha gustado mucho verlo. Pero, aunque me ha motivado mucho encontrármelo e intercambiar información con él para saber en qué punto de nuestra vida estamos los dos, la despedida ha sido un poco incómoda. Él tenía una emergencia en el restaurante; iba con prisas. Y yo igual: tenía que abrir la tienda y llegaba tarde. Al despedirnos, le he prometido que le escribiría.

Quiero escribirle. En serio. Sobre todo porque, al verlo, he recordado lo mucho que añoro las sensaciones que me provoca su presencia.

No era consciente de lo sola que me sentía hasta que he pasado esos minutos a su lado. Pero desde que me divorcié de Ryle... Eh, un momento.

Ostras, no te había contado lo del divorcio.

Llevaba demasiado tiempo sin escribirte. Déjame que te ponga al día.

Cuando nació Emmy, decidí que la separación de-

bía ser definitiva. Le pedí el divorcio justo después de dar a luz. No es que eligiera ese momento con la intención de ser especialmente cruel. Es que hasta entonces no supe cuál iba a ser mi decisión. Cuando al fin la tuve en brazos, supe en lo más hondo de mi ser que haría lo que fuera necesario para romper el círculo de los malos tratos.

Sí, pedir el divorcio duele. Sí, me quedé destrozada, pero no, no me arrepiento. Mi elección me llevó a entender que, a veces, las decisiones más duras de tomar son las que proporcionan los mejores resultados.

Si te dijera que no lo echo de menos, estaría mintiendo. Echo de menos lo que éramos en ocasiones; echo de menos la familia que podríamos haber construido para Emerson, pero sé que tomé la decisión acertada, aunque a veces aún me pese. Es duro, porque tengo que seguir en contacto con él. Ryle sigue teniendo las cualidades que hicieron que me enamorara de él y, ahora que ya no estamos juntos, rara vez muestra el lado negativo que acabó con nuestro matrimonio. Supongo que, cuando nos vemos, trata de dar buena imagen. Tiene que comportarse y no causarme problemas, porque sabe que yo podría haberlo denunciado por los incidentes de violencia doméstica que sufrí. Podría haber perdido mucho más que una esposa. Supongo que, por eso, cuando llegó el momento de negociar el tema de la custodia, todo fue más fácil de lo que esperaba.

Tal vez ayudó el hecho de que yo no pusiera demasiados problemas. Mi abogada me dejó las cosas

muy claras cuando le dije que quería la custodia exclusiva de la niña. Me advirtió que, a menos que estuviera dispuesta a sacar los trapos más sucios de nuestra relación y mostrarlos en un tribunal, era muy poco probable que le denegaran a Ryle las visitas a la niña. Añadió que, incluso si sacaba a la luz los episodios de violencia doméstica, era muy poco frecuente que retiraran los derechos a un padre con una buena situación económica, que pagaba la manutención y que deseaba seguir en contacto con su hija.

Tenía dos opciones ante mí. Podía, por un lado, elegir presentar cargos contra Ryle y llevar el tema a los tribunales, aunque, incluso así, lo más probable era que el juez dictara custodia compartida. O la otra opción, que era llegar con Ryle a un acuerdo satisfactorio para los dos y mantener una relación de crianza compartida.

Supongo que podría decirse que logramos un compromiso, si bien no hay acuerdo legal en el mundo que pueda conseguir que me sienta cómoda cada vez que tengo que dejar a mi hija con alguien como él, cuyo temperamento conozco de primera mano. Digamos que he tenido que elegir el mal menor. Solo puedo rezar para que Emmy no vea la peor cara de su padre.

Quiero que Emmy mantenga una buena relación con él. Nunca ha sido mi intención apartar a Ryle de su hija. Lo único que quiero es asegurarme de que está a salvo. Por eso le rogué a Ryle que se conformara con establecer unos días de visita durante los dos primeros años. No especifiqué que la razón era que

no me fío de dejarlo a solas con ella. Creo que usé como excusa que pensaba darle el pecho y que él pasaba mucho tiempo de guardia, pero estoy segura de que él es consciente de la auténtica razón por la que no quiero que Emmy pase las noches bajo su techo.

Nunca hablamos sobre los malos tratos. Hablamos sobre Emmy o sobre el trabajo y, cuando estamos con la niña, nos forzamos a sonreír. Sé que a veces mi sonrisa resulta falsa, pero también sé que las cosas serían mucho peores si hubiera optado por llevar las cosas a los tribunales y hubiera perdido el caso. Me obligaré a sonreír sin ganas hasta que Emmy cumpla los dieciocho años si con ello puedo evitar la custodia compartida y no tengo que exponer a mi hija a la peor versión de su padre de manera habitual.

De momento, las cosas no han ido mal si no cuento las veces que Ryle ha tratado de manipular mis recuerdos o las ocasiones en que ha tratado de ligar conmigo. Aunque durante el proceso de divorcio le dejé claro cuáles eran mis sentimientos, él sigue teniendo esperanzas de que volvamos. De vez en cuando suelta algún comentario que deja claro que aún no ha pasado página. Me temo que buena parte de la cooperación de Ryle se debe a que cree que algún día me recuperará si se porta bien. Creo que está convencido de que algún día me ablandaré y cederé.

Pero no es así como voy a vivir mi vida, Ellen. Sé que llegará el día en que seguiré adelante y, francamente, espero seguir adelante en dirección a Atlas. Sé que es pronto para darlo por seguro, que de momento

no es más que una posibilidad, pero, si algo tengo muy claro, es que nunca voy a retroceder en dirección a Ryle, da igual el tiempo que transcurra.

Ha pasado casi un año desde que le pedí el divorcio, y hace casi diecinueve meses desde la última pelea, la que causó la separación. Y eso significa que llevo año y medio sin pareja.

Un año y medio entre relaciones parece un periodo razonable, y con toda probabilidad lo sería si se tratara de otra persona que no fuera Atlas, pero ¿cómo iba a hacerlo funcionar con Atlas? ¿Y si le escribo y él me invita a comer? ¿Y si la comida va maravillosamente, cosa que no dudo, y una comida lleva a una cena? ¿Y si la cena nos lleva de regreso al punto en que estábamos cuando éramos más jóvenes? ¿Y si somos felices y nos volvemos a enamorar y él pasa a ser una figura estable en mi vida?

Sé que parece que estoy corriendo demasiado, pero es que estamos hablando de Atlas. A menos que haya sufrido un trasplante de personalidad, tanto tú como yo sabemos lo poco que me cuesta amar a Atlas, Ellen. Por eso estoy dudando, porque tengo miedo de que funcione.

Porque, si funciona, ¿cómo se sentirá Ryle al enterarse de que estoy en una nueva relación? Emerson ya tiene casi un año, un año que ha pasado sin demasiados sobresaltos, pero sé que es porque hemos logrado que las cosas fluyeran sin interferencias. Y entonces ¿por qué tengo la sensación de que una simple mención a Atlas causaría un tsunami?

Sé que Ryle no se merece que me preocupe tanto por él, pero es que no puedo ignorar la capacidad que tiene de convertir mi vida amorosa en un infierno. ¿Por qué Ryle ocupa una pared entera en la estantería de mis pensamientos? Siempre igual. Es como si, cada vez que me sucede algo bueno, tuviera que hacerlo pasar por el filtro de las posibles reacciones de Ryle.

Sus reacciones son lo que más temo. Quiero creer que no estaría celoso, pero sé que lo estaría. Si empiezo a salir con Atlas, se nos complicará la vida a todos.

Aunque sé que tomé la decisión correcta al divorciarme, esa decisión sigue teniendo consecuencias hoy en día. Una de ellas es que Ryle siempre considerará que Atlas es el culpable del fin de nuestro matrimonio.

Ryle es el padre de mi hija. Da igual los hombres que entren y salgan de mi vida de ahora en adelante, siempre voy a tener que apaciguar a Ryle si quiero que mi hija tenga una vida tranquila. Y si Atlas Corrigan regresa a mi vida, va a ser imposible calmar a Ryle.

Ojalá pudieras decirme qué decisión debo tomar. ¿Es mejor que sacrifique algo que sé que me hará feliz con tal de evitar la inevitable conmoción que causará la presencia de Atlas? ¿O voy a tener siempre un hueco en el corazón con la forma de Atlas hasta que le dé permiso para rellenarlo?

Está esperando a que le escriba, pero creo que necesito más tiempo para procesar las cosas. Ni siquiera sé qué decirle. No sé qué hacer.

Si me aclaro, te lo contaré.

LILY